

“SALVADOS EN «LA ESPERANZA»” (1) y (2)

La máxima incitación al crecimiento de la fe la formula el Señor en Lucas 17, 6. Allí, contestando a una petición de los Apóstoles en este sentido, les dice: “Si tuvierais fe, aunque sólo fuera como un grano de mostaza, podríais decir a este sicómoro (3): «Desarráigate y plántate en el mar», y os obedecería”.

En la nota a pie de página que figura en la séptima edición de la Casa de la Biblia se atribuye a estas palabras de Jesús el propósito de que tomemos conciencia de la importancia de la fe.

El increíble episodio de los mineros chilenos del desierto de Atacama, sepultados durante sesenta y nueve días a setecientos metros de profundidad, si algo ha evidenciado ha sido la importancia que otorgaron, a la fe todos los soterrados al unísono. De ahí la inscripción de ¡Gracias Señor! grabada en el anverso de las camisetas de todos los que iban saliendo del abismo. Cuando se daban la vuelta para abrazar a sus familiares también podíamos leer en el reverso las palabras del salmista: “En sus manos están las simas de la tierra y tuyas son las crestas de los montes” (4).

Zenit en uno de sus comentarios al suceso remitidos estos días a sus suscriptores nos indicaba que durante las labores de rescate desarrolladas en el campo de “La Esperanza”, Dios fue la palabra más pronunciada.

Las actitudes de los mineros al tiempo de su liberación fueron significativas. Así Mario Gómez se arrodilló en oración – pudimos verle a través de la televisión – nada más salir de la cápsula salvadora añadiendo, luego, que nunca había perdido la fe. Sus palabras son más que meritorias habida cuenta de una situación sin contacto alguno con el exterior entre el 5 y el 22 de agosto. Mario Sepúlveda, a su vez, nos habló de su lucha interior: “Estuve con Dios y con el diablo y me he peleado. Me ganó Dios; me agarré de la mejor mano y en ningún momento titubeé de que Dios me iba a sacar”. Uno de los cuatro mineros que Antena 3 trajo a Madrid para su programa en directo del pasado día 21 dijo que nunca había perdido la fe. Repreguntando por Javier Nart sobre si esa fe había sido o no mayor antes o después del rescate rotundamente contestó que siempre había sido la misma. La identificación en lo esencial de todos los accidentados mostrada por el episodio de las camisetas, el orden en el desarrollo de los rescates y sus respectivas declaraciones se constata, además, en un acto colectivo realizado por ellos en forma concordante; otro también coincidente pero ejecutado en distinta forma por unos y otros; finalmente por una actitud generalizada de autoridades, familiares, técnicos y terceros expectantes que poblaban el terreno de “La Esperanza”.

En cuanto al primero de los actos colectivos, el “velaton” ⁽⁵⁾ organizado por los mineros la víspera del salvamento, posiblemente en unión de alguno de sus rescatadores, en lo que había sido el “Refugio” de

su esperanza durante los últimos setenta días, debió ser de una belleza y emotividad inefables.

El segundo de los actos colectivos, coincidente pero disconforme y ya con todos los mineros en el exterior, consistió, según nos relata Vida Nueva ⁽⁶⁾, en una Eucaristía a la que asistieron más de una veintena de los rescatados y un acto de Acción de Gracias, organizado por la Iglesia Evangélica, celebrado a continuación, y al que asistieron “algunos mineros testimoniando sus dificultades para mantener viva la esperanza bajo tierra”. En ambos actos Jesucristo protagonizó el agradecimiento de unos y las luchas de los otros para no desfallecer.

Nos quedan las autoridades, familias y demás coadyuvantes a todo lo imaginable para que no se consumase la tragedia. En ese lugar inhóspito ⁽⁷⁾ con calor asfixiante durante el día y frío insufrible de noche se situaba el campamento montado alrededor de la bocamina para el alojamiento de familiares, autoridades, técnicos, periodistas, etc. ¡Qué circunstancias más adversas para la oración de quienes transitaban por el campo de “La Esperanza” y de quienes, a setecientos metros de profundidad luchaban para mantener vivas fe y esperanza! Hermanos de Maranatha me han testimoniado hace poco tiempo la dificultad de orar cuando se padecen dolores o malestares intolerables. Y sin embargo, cuando los enterrados comenzaron a aparecer en el exterior, la imposibilidad de contener el gozo fue definido por Monseñor Cristián Contreras “como un ejemplo de lo que

los obispos latinoamericanos identificaron en Aparecida como un desborde de gratitud y alegría: aquella actitud natural y fundamental a partir de la cual los cristianos estamos llamados a comunicar por doquier el don de nuestro encuentro con Jesucristo”.

Tampoco sorprende la inaudita ternura del Presidente de la nación, Sebastián Piñera, cuando contagiado por esta oleada de agradecimiento dice al hijo de Víctor Zamora: “con tus oraciones, con tu fe rescataste a tu papá”.

Sí nos han extrañado, en cambio, las despectivas declaraciones de Gustavo Zerbino en el semanal de ABC correspondiente al 24-30 de octubre ⁽⁸⁾, Zerbino fue uno de los supervivientes del famoso accidente aéreo en Los Andes en 1972. Yo estaba entonces en Santiago de Chile y viví de cerca toda su peripecia. Tanto entonces como ahora eché en falta una clara alusión a la fe. También la eché en falta en los libros que escribieron y en las películas que inspiraron los accidentados. Creo recordar que sólo uno de ellos, que murió en las montañas antes de su rescate, manifestó su fe a los demás. Cuando comencé a colgar mis escritos en la Web de Fray Escoba leí uno de los libros de su aventura con ánimo de estudiar sus posibles encuentros con el Señor. Desistí un poco descorazonado. No encontré ninguna vivencia colectiva de los jóvenes pasajeros del avión estrellado a pesa de su condición de antiguos alumnos de un colegio católico.

Volviendo a nuestros mineros diremos que es muy normal entre los creyentes confundir fe y esperanza. Ninguno de los siniestrados ha hablado de la esperanza mantenida durante los sesenta y nueve días de enterramiento. Todas las declaraciones que conocemos hacen, sin embargo, alusión a la fe a cuya existencia atribuyen su liberación. El propio Benedicto XVI en su Encíclica “Spe Salvi” nos indica que en muchos pasajes bíblicos “las palabras fe y esperanza parecen intercambiables”. Entre estos pasajes cita la Carta a los Hebreos, la primera Carta de Pedro y la Epístola de Pablo a los Tesalonicenses ⁽⁹⁾.

San Lucas, cuyo tratamiento de la fe en su Evangelio venimos siguiendo desde hace algún tiempo no menciona la esperanza y, sin embargo es un gran enaltecedor de la fe a la que atribuye la sanación de los pacientes en muchas de las situaciones resueltas por Jesucristo. Podremos verificarlo en el episodio del hijo del Centurión (Lc. 7, 1-10); en el del endemoniado (Lc. 9, 37-42); en el de los diez leprosos (Lc. 17, 11-19); en el del ciego de Jericó (Lc. 17, 35-43); en el de la hemorroisa y la hija de Jairo (Lc 8, 40-55). La fe es además enaltecida en el relato de la pecadora que perfuma los pies del Señor (Lc. 7, 32-50); poetizada en el relato de los lirios del campo y las aves del cielo (Lc.12, 22-31) atribuyendo a su carencia el desencadenamiento de la tempestad en Tiberiades (Lc. 8, 22-25).

El ejemplo chileno ha incrementado mi esperanza puesto que quizás se trate del caso en que más he visto trabajar a fe y esperanza juntas en orden a la solución de una catástrofe imprevista. También es bueno como reafirmación de lo preconizado en la Renovación Carismática pues estamos en presencia de un caso en el que ambas virtudes se muestran colectiva y ordenadamente para lograr un único fin buscado no sólo por los que están en peligro sino también por sus familiares, autoridades, técnicos. Todos coadyuvan para conseguir un solo propósito que glorifica al Señor.

Gloria al Señor.

Madrid, 27 de octubre de 2010

Fernando Escardó

NOTAS

(1) Copia del texto enviado para su inserción en la página Web de la Comunidad de Oración de Fray Escoba perteneciente a la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.

(2) El título de este escrito es representativo de lo que geográficamente ocurrió en el campamento improvisado alrededor de la bocamina San José en Atacama tan pronto como se tuvo conocimiento del soterramiento de treinta y tres mineros. Para apuntalar su decisión de rescate los campamentarios denominaron al lugar “La Esperanza”. También nuestro título es pura coincidencia con el de la segunda Encíclica de Benedicto XVI “Spe SALVI facti sumus” (En esperanza fuimos salvados).

(3) Morera en otras versiones bíblicas.

(4) Salmo 95, 4.

(5) Vigilia con velas encendidas.

(6) Número 2726, página 37.

(7) Atacama es el desierto más seco del mundo.

(8) Página 98.

(9) Carta Encíclica “Spe Salvi” edición de la B.A.C. Madrid 2007, página 13 y siguientes.